



# CEREMONIA BALUMBA

Julia Porto



# **CEREMONIA BALUMBA**

Julia Porto



Más aún, vivir es *estar* firmemente *aquí*  
y eso se da al margen del objeto:  
en el terreno de la comunidad, el fruto  
y la presencia de la ira.

Rodolfo Kusch – *América Profunda*.



# LA CONCIENCIA DEL SER

1.

La habitación que le asignaron a Tancia estaba recubierta de azulejos amarillos. Un ventanal ocupaba la pared central; dos puertas enfrentadas señalaban la circulación lineal de la casa. La pileta se hundía en el suelo, el interior continuado de azulejos.

—Hace mucho que no la llenamos —dijo la madre.

Había además un gran aparato vertical con brazos móviles y dispositivos que arrojaban agua: especialmente diseñado para la higiene personal de los ciclistas.

Tancia dejó el equipaje y apoyó el contrabajo en la pared. La madre, los ojos rasgados y la imagen cuidada, hacía grandes ademanes en el interior del cuarto. La tía era sensible y se deslumbraba. Su felicidad rondaba tímida entre las paredes refractantes. La hija destellaba acidez con las mejores ropas puestas; la cabellera roja vibraba alrededor de la cabeza como un aura.

—Esta pileta es mía —dijo Betania cuando la madre y la tía Begonia salieron a conversar y compartir la realización adulta. —Cada azulejo es mío, y por esa ventana nada vas a ver, porque la vista me pertenece. Descorrió las cortinas y allá abajo las lomadas se volvían difusas, se extraviaban las líneas, la imagen osciló nublándose. Las montañas perdían los límites. La fuerza de Betania acorraló a la recién llegada, que prefirió irse del cuarto. Voy a recorrer la casa, se convenció Tancia. Cruzó y cerró la puerta opuesta al lado conocido, aunque Betania dijera no se puede ir ahí.

Se lavó la tierra en la máquina-para-la-higiene-de-los-ciclistas.

Ayudó a la madre a ubicar la cama frente a la ventana, entre la pileta y la pared.

—Gracias por no pelearte con ella, tiene carácter

fuerte –dijo la madre. –Tené cuidado con la pileta si te levantás de noche. ¿No serás sonámbula, no? Los dedos de Tancia eran precisos, conocían el punto del mástil, la presión exacta. Las notas caminaban en órbitas. De pie sostenía el gran instrumento, perdía la mirada en la ventana. La vista borrosa podía ser por el cansancio. No había nadie; sólo el cuarto, un espacio habitable. Ella no pretendía ejercitar el virtuosismo sino desprenderse del viaje, hacer que los pensamientos encontraran su sitio.

Había aprendido todo lo que sabía a golpe de horas quietas, mediante repetición casi sistemática de figuras, modos, movimientos. Es perseverar, solía decirse, todos los días desagotarse aquí, agotarse, comprimir en este espacio (las cuerdas, el mástil, las manos) todo lo externo. Los conocimientos le daban destrezas pero construían el mundo en que el contrabajo se tocaba de esa forma, donde junto al instrumento aprendía la pasividad ante un recorrido prefijado. La repetición continua de un acto lo confirma, lo vuelve la única acción posible. Parte de aprender debería ser descartar lo inútil. Había adquirido la postura correcta, las manos rodeando el objeto de madera sin tensar el cuello. La gran caja de resonancia vibraba en el pecho, en el estómago, en la pierna que rozaba el instrumento. Tantas horas habían compartido; Tancia sabía implicar el cuerpo en la fuerza, para no exigir las manos; colocaba el brazo izquierdo hacia arriba, de modo que la muñeca no se quebrara y toda la fuerza viniera del hombro. Sabía el modo de manipularlo, no era tan difícil de mover como parecía, no era tan pesado. Lo ingobernable era un efecto visual del sonido grave. Nos conocemos tanto, le dijo mientras se acomodaba, mi único compañero. Antes de tocar no hay nada. Antes de cualquier hacer no hay nada, o lo que hay es múltiple, las posibilidades casi infinitas, limitadas sólo por el peso de los huesos. Quiero nuevas maneras, verte renacer, como un desprendimiento.

—Otra vez soñé con ella —. La madre rasqueteó el fondo del cuenco. Alzó los ojos rasgados todavía cubiertos por una película de sueño. —Y yo le digo, no puedo darte descanso. No sé dónde los metí.

La tía Begonia y Betania no dijeron nada; una la miró de reojo, la otra siguió con su cuchara. Tancia no preguntó. Desayunaban las cuatro en la cocina. Antes ese espacio estaba vedado a las visitas; ya desoían los mandatos que habían regido bajo el padre de la madre. La tía había preparado el cereal cantando, cada movimiento hecho a un tiempo de su melodía. La olla al fuego se apoyaba sobre una llanta de bicicleta colocada de forma horizontal. Los rayos no habían sido marcados por el calor, aparecían inmaculados: las líneas plateadas señalaban el centro común como si no dieran importancia a su propio fulgor de platino. Betania estaba en un extremo de la mesa, no viendo a través de la ventana. Después la madre entró y ocupó su lugar junto a Tancia.

A una casa, ¿qué le pedía Tancia?

Poder desplegar las cosas.

Que separara y uniera el afuera con los muros y le otorgara permiso para quedarse.

La casa era un punto fijo, imaginario y real. Desde allí pudo organizar el mapa del pueblo, desplegarlo en su visión.

El caserío se emplazaba en una meseta amplia. Había árboles frutales desperdigados y verduras en matorrales: bananas del tamaño de un brazo, limones que parecían cráneos, un zapallo anco como un tórax. Tanta abundancia generaba también muchos desperdicios, que los pájaros y el viento diseminaban cerca y lejos de las casas. Un anillo de vegetación espinosa rodeaba el asentamiento.

Tancia cruzó la plaza como si todavía transitara la ciudad, alerta y dispuesta a ceder recorridos. Llevaba entre los omóplatos una presencia incrustada. Ahora no había estruendos, no había exaltaciones. Sólo el saberse un cuerpo nuevo, identificable. Convivía con el velo transparente que calcaba la forma de la realidad. En la oficina de turismo, bajo el póster reluciente del Día en que Todos Nacen, un chico que escuchaba hip hop le indicó dónde podía conectarse. También dijo que la municipalidad prestaba bicicletas a los músicos.

Las malezas prolongaban los arbustos sigilosos. El dibujo en el suelo se movía cada día como un soplo cambia las líneas de la arena. El monte avanzaba hasta cercar la casa, era una cerca que introducía sus espinas por las puertas, se apropiaba del aire permitiendo oír los clamores como llantos, como orgasmos sofocados; códigos audibles que se silenciaban en el límite de la comprensión. Animales e insectos venenosos tenían la posibilidad de acercarse sin ser vistos, moviéndose dentro de las guías protectoras. Las langostas y los cascarudos eran compañeros habituales. Ni a Betania ni a la madre ni a la tía Begonia parecía importarles la progresiva fusión entre la casa y el monte; a veces sacudían con una mano un alacrán cubierto de pelos rojos, al tiempo que burlaban de un salto el ataque de una serpiente. Tancia no podía desenvolverse con tanta soltura. Vivía pendiente de sus pies y de todo lo que la rozara. Así descubrió su tarea de tiempo libre: desmalezar y mantener limpio el terreno en torno a la casa. Encaró el trabajo no sin miedo, vestida con las ropas más gruesas y armada de sierras y tijeras. Cortó grandes troncos a hachazos, acarrió la leña útil, arrancó pastos y arbustos, removió la tierra para secar definitivamente las raíces. Cortar afuera es cortar adentro, aprendió ese día. Luego encendió una hoguera en el centro del claro que había creado.

Las manos separaron los cortes de brócoli, las hojas de repollo, las lechugas agobiadas. El cuarto angosto de piso de tierra estaba inconcluso o se ajustaba a expectativas distintas de las que habían impulsado el cuarto amarillo. Había un ventiluz en la pared del fondo; dos mesas largas contra las paredes enfrentadas dejaban un pasillo en medio. En una de las mesas, la de caballetes, había guantes de látex, jeringas, vacunas contra la maximatosis y la hemorragia vírica, suplementos nutricionales, suplementos de calcio; alrededor de un espacio más o menos vacío había un cortaplumas, una pequeña virgen color rosa, una maceta con un cactus, una lata de arvejas vacía llena de biomes (la mayoría reventadas o agotadas). Había papeles sueltos con recetas de cocina y cantidades de aplicación de plaguicidas, un Manual de Seguridad y Buenas Prácticas Agropecuarias Familiares, cuadernos cuadriculados de espiral con números: algunos formaban fechas, otros representaban cantidades de alimento, de dinero, de tiempo. Otros números identificaban a cada ejemplar: 2 californianos - 2 neozelandés - 1 híbrido - 3 plateados de champagne - 1 conejo enano preñado - 1 conejo enano. Abajo de la mesa había una bolsa con caca de conejos, al lado otra bolsa de arpillera con verduras, y otra bolsa que tenía más bolsas donde había telas, papel de diario, algodón, el material que tienen adentro los osos de peluche, bolsitas con aserrín. Sobre la otra mesa, la amurada, estaban las jaulas y las cajas de madera con respiraderos redondos y frente enrejado. Los conejos habían reconocido el roce de la puerta al abrirse: algunos asomaron los hocicos por los círculos, otros comenzaron a roer las varillas de metal. La voz de la tía Begonia empezó a entonar una de las melodías que

componía en sus ratos libres, especialmente para ellos. La silueta de hombros flacos juntó las bolitas de caca, mientras cantaba recargó los comederos con los restos de las huertas.

Sonaba en el contrabajo una nueva repetición de la coreografía fallida. Betania conocía el momento exacto en que la bailarina hubiera sentido ceder su pie bajo el peso del cuerpo; el trapecista cabeza abajo extendería inútilmente la mano al trapecista que se había soltado con un segundo de anticipación; el soldado central en primera fila equivocaría el gesto o alzaría inesperadamente el fusil; la gimnasta olímpica rozaría el caballete en el salto y ya no podría dejar de lado la figura de su padre. En este caso, una nota se desplazaba y empujaba a Betania de cara al vacío. Los cabellos alterados giraban en tornados. Cada vez que veía a Tancia le reprochaba sutilmente la falla. Cuando al fin la melodía se mantuviera sólida, Betania no lo notaría. Sólo era capaz de percibir el error. Un día se iba a descubrir tarareando una música conocida y borrosa.

La zona desmalezada ya se extendía casi hasta el final de la huerta, y hacia allá iba Tancia, con la pala en una mano y un pico en la otra.

–Hey, guitarrita.

Betania saltó desde atrás de una loma, cayó con elegancia, sin un rasguño ni una mancha. Llevaba una minifalda roja; junto a la cabellera, constituían dos puntos inseparables y ardidos: una picadura de araña o el inicio del recorrido de una pulga. Betania era divergente. Encerraba el deseo de ser igual, de confundirse. Quería ser como otra pero cada acto realizado en esa dirección la alejaba. De las otras veía la representación que hacía de ellas, superpuesta a la representación que cada quien hacía de sí misma. La imitación (ingenua) conducía a Betania a ser irrepetible. Se estiró en puntas de pie con su eco rojo y desprendió y ofreció un tomate. Después empezó a regar.

Ningún sendero era recto ni dividía las especies: una vista aérea hubiera mostrado las plantas formando un dibujo abstracto con reminiscencias de figuración. Nada era completamente atribuible al azar. Betania creía haber arrojado cada semilla con intención y un dibujo en mente, aunque no había observado la zona desde arriba, ni para estimar un recorrido, ni para ver los resultados de su trabajo. Nunca había elevado la vista del suelo más que lo que la extensión de su cuello le permitía, excepto las veces que se acostaba a mirar el cielo (cosa que no elevaba el punto de vista pero sí la mirada) y las escaladas de los limoneros que dispensaban sus frutos amarillos en altura. Hacía tiempo que no trepaba a un limonero. Las hendiduras del tronco permitían introducir un pie e ir moviéndose entre las ramas, hasta alcanzar los limones recortados

del cielo.

La tierra absorbía el agua, y en la tierra las habas, las hojas nuevas del maíz, las amapolas, la quinoa, los zapallos; albahaca, menta, perejil, cilantro; los brotes de alfalfa; los porotos en las vainas, el limonero; las espinacas, los zapallitos, el puerro y el coliflor; las zanahorias, las papas, los alcauciles; las frutillas, las orquídeas y todos los yuyos sin nombre.

*Huerta* significa también ese espacio semiorganizado, semicaótico, que Betania recreaba.

¿Por qué plantan en recipientes, con tanta tierra y tanto sembrado?, se preguntaba Tancia. Alrededor de la casa había visto pavas, cascos de ciclismo colgados de los árboles, zapatos ordenados por talle, con hojas jóvenes asomando por los bordes.

—Algunas cosas tienen que crecer así —explicó Betania.

—A su tiempo y en un espacio que las cuide.

Golpeaba con la azada, inhalaba y exhalaba al ritmo que su propio movimiento creaba. Un, dos, tres, cuatro, los golpes eran el pulso, en esa superficie desplegaba la melodía que había estudiado temprano. La postura de los dedos en el mástil del contrabajo flotaba entre la tierra y sus ojos. Por debajo atravesaban los bichos y sus movimientos frenéticos, en carreras veloces y controladas. En las horas de trabajo al aire libre Tancia había observado en particular a los escarabajos, esa hibridez entre simulación de torpeza y agresividad en las pinzas. A pesar de sus movimientos quebrados de ahorro de fotogramas, los escarabajos desafiaban la velocidad del mundo de las personas. Se valían de los movimientos y las inercias, del balanceo de las ramas y el estado de contemplación de una piedra. Los ritmos de las personas y de estos insectos habían ido trazando dos variables que jamás iban a tocarse. El sol quemaba. Una gota de transpiración cayó de la frente. Tancia se detuvo, bebió, se mojó la cabeza, permaneció contemplando. Entonces un escarabajo verde azulado trepó de un solo impulso por el filo de la azada apoyada en el suelo, saltó el obstáculo de la mano que aferraba el mango, frenó para agitar sus pinzas en un llamado de atención mudo y desde el extremo se lanzó al pozo. Tancia lo vio caer y luego de una espera prudente se disponía a un, dos, tres, retomar la melodía en el fa sostenido, cuando un resplandor la obligó a detenerse. Se inclinó y levantó una incógnita esférica, translúcida, del tamaño de un carozo. En el interior había una bruma en movimiento. No era larva ni capullo ni piel abandonada, y cadáver mucho menos. Lavó con agua e instintivamente la guardó adentro, bien profundo entre las piernas. A la cuenta de cuatro reinició.



2.

Rota su bicicleta, el padre de la madre había encontrado el pequeño claro. Contempló alrededor los arbustos y los pájaros, la forma en que la vegetación cortaba el sol. Descansó. Luego la sed lo llevó a descubrir la cantimplora vaciada. El aparato que con uno de los varios brazos flexibles (diseño que se mantendría incluso después de que las-máquinas-para-la-higiene-de-los-ciclistas comenzaran a instalarse en los hogares) le había permitido lavarse sin tener que interrumpir la marcha, no había sido concebido para la función de saciar sedes. Aunque se dice que en el apuro presionó botones incorrectos, el hombre logró hacer funcionar el aparato y beber. Largo tiempo bebió. Enseguida comenzó a construir. Lo primero que hizo fue trazar un cuadrado en la tierra con una ramita. A lo largo de los días fue cavando el perímetro, colocó cimientos, levantó paredes a las que unificó bajo un techo.

Grandeza y abundancia eran las máximas del que había ido ensamblando nuevos módulos al primero, dando forma a la casa. El padre de la madre observó las dificultades que allí imponía la naturaleza, y los límites de los cuerpos humanos, y guiado por sus conclusiones diseñó y construyó una sala de entrenamiento físico. Que otros hombres levantaran otras casas hizo necesarios los cuartos para las visitas. La cantidad de habitaciones no formaba un laberinto pero hubiera sido infinita de ser infinita la vida que las creaba, capaz de hallar siempre una nueva necesidad. Al morir el padre lo inconcluso quedó inconcluso y los agujeros a la vista. Los cuartos no mantuvieron la función para la que habían sido pensados. Muchos espacios fueron llenándose de recipientes con tierra.

La pista de ciclismo era una mezcla de fuerte, circo romano y panteón griego. Ocupaba una de las manzanas frente a la plaza. Tancia subió la escalinata flanqueada por dos ciclistas de bronce, atravesó la hilera de columnas corintias y cruzó la explanada hacia la entrada en la pared del fondo, pintada con graffitis *wild style*. Luego desembocó en una galería que bordeaba el perímetro de la pista con su centro de pasto crecido.

Mientras el encargado terminaba de usar la computadora, Tancia observó las vitrinas con trofeos, los estantes cargados, las imágenes en cepia de hombres en calzas. Nena, pasá a la máquina, le dijo Amadeo Anolios, y salió de la habitación. Tancia escribió a sus amigas, *las extraño*, puso, y avisó al director que había llegado.

Al otro día no había novedades de la orquesta pero sí de las chicas, *te quiero*, escribían, y habían subido unas fotos nuevas en las que ella no estaba. Tancia cerró todo y salió a la galería. Desde la explanada de entrada llegaban unas voces rítmicas. Había tres chicos de ropas anchas: uno era el de la oficina de turismo. Dirigiéndose a la calle Tancia lo saludó con una mano. Él alzó la suya mientras empezaba a imitar con la voz los sonidos de una batería.

Los perros no corrían a las bicicletas porque no había perros. Había algunos, pero quedaban los viejos y los ociosos y esos no corrían detrás de ninguna presa. La historia se remontaba a la muerte de la madre de la madre. La madre de la madre solía internarse en la espesura en busca de animales sin vida. Decían que incluso colocaba trampas de las que se cierran con un chasquido seco si se cae entre los dientes de metal. También adaptaba piñones de bicicleta que encontraba en los senderos: colocaba placebos de cera imitando la carne. En la plaza central, sirviéndoles en cuencos tejidos de mimbre y caparazones de zapallo, alimentaba a los perros. Pronto estos animales formaron su séquito de fieles, y no la abandonaron siquiera cuando la caravana de los deudos arrojó aceite hirviendo para espantarlos. Siete bicicletas remolcaron el féretro desde la casa hasta la pista de ciclismo, donde la madre de la madre fue velada. En un asiento de plástico tras la espalda de la madre, la pequeña Betania era un punto rojo maravillado con los recorridos de la jauría.

Tal vez porque ya nadie cocinó para ellos; a lo mejor huyeron al duelo lejano. La gente del pueblo y algunos especialistas llegados de las ciudades intentaron descifrar la razón por la que la mayoría de los perros se había ido. Fue un peón quien determinó la imposibilidad de establecer relaciones causales lineales entre las cosas. A partir de él se empezó a decir que los sucesos se generan por una red casi infinita de vínculos, y que la complejidad de las voluntades es indecible.

Honorio dijo: Solamente podemos ver que los perros ya no están.

La música contribuye al desarrollo saludable de los niños, estimulando su desarrollo emocional, fortaleciendo sus aptitudes y despertando su creatividad. Es por eso que la Secretaría de Cultura del Municipio del Monte viene generando desde hace quince años una nueva perspectiva en el desarrollo, mostrando que no sólo se percibe en infraestructura, sino también en el desarrollo emocional y cognitivo de los niños y pre-adolescentes.

El proyecto especial denominado “Desarrollo de Capacidades Culturales, Artísticas, Deportivas y Cognitivas en los Niños y Preadolescentes del Municipio del Monte” se creó en base a estos ideales, y fue decantando hasta llegar a conformar hoy la Orquesta Itinerante Infantil “Sonrisas del Camino”. Estos jóvenes músicos, acompañados por un adulto responsable, recorren nuestro Municipio deleitando a los pobladores con su espectáculo musical, a la vez que mantienen vivo el espíritu andante y de búsqueda del Fundador.

Para esto se han visitado nuestros pueblos, seleccionando a los niños que estuvieran dispuestos a emprender este camino trabajoso de empeño y superación personal. Formándolos como músicos, cultivando su dedicación hacia un instrumento, hemos logrado el objetivo primordial: mejorar la calidad de vida de las nuevas generaciones. Seguiremos trabajando para el futuro.

Durante el velorio aparecieron en la cara de la madre reflejos y opacidades que nunca habían estado. De pie en el centro del salón de actos, recibía pésames entre cuadros al óleo. Llevaba puestos el par de aros más grandes que encontró: dos bolas de espejo bamboleantes que la salvaguardaran de la imagen vulnerable. Ella misma arrasó después con sus recaudos, diciendo a cualquiera dispuesto a escucharla que sentía que la nostalgia no se iría nunca, y que así como esa sensación había llegado para quedarse, ella conservaría un recuerdo de su madre para siempre. Llegó a la casa buscando el objeto precioso. La habitación de la madre de la madre era el cuarto de un lecho enfermo: había vasos casi vacíos, comida seca, cajas de medicamentos. La madre abrió la ventana. El aire golpeó la cara de reflejos cambiantes. Se quitó los pendientes, y al hacerlo la luz rectangular rebotó en las bolas de espejos y atravesó el espacio hacia el interior. En la penumbra un brillo exigió atención. El tesoro había estado todo el tiempo a la vista, su valor oculto por la manipulación continua. La madre levantó el vaso de la mesa de luz. Adentro, quieta y sin imaginar el valor a los ojos que la miraban, como un molusco que dejara entrever su perla, estaba la dentadura postiza. En uno de los agujeros en las paredes de cualquier cuarto, la madre colocó la dentadura, junto al par de aros espejados como ofrenda. Tal vez, en la oscuridad, se iluminaran mutuamente.





**TODOS TENEMOS EL OJO QUE VE**

3.

La puerta se abrió.

–Permiso –dijo Betania una vez que ya estaba adentro. Tancia leía una partitura con esfuerzo, deteniéndose en cada compás. La cabellera roja dibujó las ondas de un remanso. Invitó a Tancia a visitar el centro.

–Vamos con mi madre, ¿quieres venir?

Entraron en una gran tienda de ropa: era una casa de tres pisos con techo de tejas rojas, ventanas con cortinas, una escalera central, muebles móviles de plástico y una familia tipo para jugar.

Había ropa nueva y usada; destacaban los trajes sastre para dama con grandes botones y charreteras.

Todo lo que pudieran encontrar estaba hecho a base de los triunfos de los hombres.

Betania desenterró una minifalda violeta. La madre le trajo una boa de piel de venado. Tancia atendía los dialectos animales que el cielo murmuraba. Siguió a las dos que vadearon las dunas de tela y los percheros cargados para subir la escalera. Un descanso amplio con ornamentos de flores y hojas de hierro en las barandas las recibió y las observó pasar. El piso superior era un gran balcón hacia la planta baja, que como un corazón escondido latía de percheros y cajas revueltas. Arriba estaban las cortinas detrás de las que la hija se probaría la ropa y había una gran cama, rígida, lisa, con sábanas brillantes, debajo de una ventana. La madre gesticuló nervios y abrió sus brazos en un aleteo de murciélago caído, y se arrodilló sobre la cama; las cadenas doradas pendularon en sus lóbulos.

–Se ve el mar.

El mar era apenas una línea deslumbrante en el lugar en que las colinas se separaban, línea que podría abrirse como un rollo de pergamino o un plano inclinado blanco elevándose a la vertical.

Betania se fascinó. Sus rulos rojos se contorsionaron.

–Nunca me dijeron que el mar está tan cerca.

–El mar no está tan cerca –dijo la madre.

Betania la ignoró.

–Debería crecer cientos de metros de alto o acercarme al destello silencioso para agrandarlo en extensión, volverlo vivo y escucharlo hablar.

Habituada a contemplar siluetas estáticas, Betania descubrió la amplitud del mar. Se dijo a sí misma que debía ser tan imposible de domar como las montañas. Ante el menor desacierto o indicio de soberbia la tierra y el agua se encabritaban, lanzando lejos al extraño. Había colores, formas desplazándose. ¿Hasta qué punto esa superficie podía representar lo que fuera el mar? ¿Cómo conocerlo sin hundirse, cómo conocerlo si en el agua los ojos de aire no pueden ver? El horizonte se resumía en esa línea recta, y allí la distancia se condensaba. Ahora el agua era lo único palpable. ¿Sería que todo estaba lejos? Adentro del mar, más allá del mar.

El agua fuera de la asepsia, sin procesos químicos ni filtrados. Ámbito de partículas en movimiento, de mamíferos chirriantes y de peces. El agua marcando las idas y vueltas y escupiendo cuerpos húmedos y caparazones vacíos. El agua y el suelo desplazado, imprevisible, agua dadora sin el régimen del riego, sin brindar complacencia a la sed.

La bicicleta descansaba unos metros más allá, de lado sobre la arena. El sol se hundía y la luna se elevaba. Revelaban en el movimiento coordinado el volumen de la tierra.

El mar resplandeció y dudó, y decidió pedirle consejos a la ciclista pelirroja.

—No sé qué hacer —se elevó la voz grave y burbujeante. Y dijo otras cosas.

—Permanecé fluyendo y refluyendo, abriendo y soltando tus partes con independencia, complotándote contra las redes de barcos pesqueros, sacudiéndote manchas de petróleo, apadrinando mejillones, esponjas y ballenas.

No puede ser, acá nadie robaría, decían todas las personas con las que Tancia hablaba. Lo cierto era que su bicicleta no estaba.

Es difícil bordear un hueco con simpleza. El vacío, como un agujero negro, nos absorbe.

Se encerró a tocar. No podía concentrarse, y fue dilatándose, deteniéndose en sectores hasta apropiarse de los fragmentos de música y convertirlos en algo distinto. Siguió ese rumbo. Quiso transformar lo que había encontrado y explotar la melodía. Que fuera algo original y cerrado, listo para mostrar y reproducir. Cuando se detuvo descubrió que la había destrozado. Ya no podía volver a la frescura.

Sus piernas brillaban mientras pedaleaba. Respiraba al ritmo del círculo que los pies iban trazando. El cabello rojo estaba calmo, casi lacio. El día permanecía latiendo, daba la última luz que permitiera regresar. En cuanto Betania vislumbró la casa, la claridad se apagó de repente. Agradeció la atención y las primeras estrellas.

Cuando pasaba muchas horas en el cuarto de azulejos amarillos los ojos de Tancia comenzaban a retardar las imágenes, deteniéndolas unos instantes en la retina, delineadas en color violeta. La noche se había instalado como si la hubieran arrojado desde el techo con un balde, y apaciguó el cuarto cromático. La visitante descansaba por fin. Con cinco golpes rítmicos la puerta se abrió. Betania entró y encendió la luz. La vibración punzante que solía poseerla parecía haber desaparecido.

—La noche me esperó para caer —dijo descalzándose, la piel violácea, toda ella violácea salvo el cabello rojo extrañamente relajado. Iba soltando la ropa y era cada vez más liviana.

Betania le dijo gracias por la bicicleta, y que creía que nunca le habían dicho que el mar estaba tan cerca, ida y vuelta en el mismo día y bajo el arco horario de la luz. El mar es amplio, asegurado, ronco y salado: se sabía incapaz de dar precisiones en base a algo que resonara en ella, pero aún así intentó explicarle a Tancia lo que vio aquella tarde. Siempre había tratado de escuchar las verdades de los adultos lo menos posible. Incluso ahora, a medida que su mundo se veía cada vez más imbuido de palabras, hacía el esfuerzo por mirar y gestar en base a esa observación sus propias explicaciones.

Betania abrió las múltiples canillas de la máquina-para-la-higiene-de-los-ciclistas, apretó un botón y

comenzó a lavarse. Tancia la miraba.

—Estuve todo el día tocando y te veo violeta y brillante. Tendría que conseguir anteojos oscuros para vivir en este cuarto.

—El agua sana. Llenemos la pileta.

La sugerencia flotó entre ellas como una medusa de largos filamentos.

Sacaron con las manos pequeños cadáveres de hormigas y cascarudos. La canilla estaba trabada. Había masilla que mostraba un arreglo desganado y poco eficaz. Forcejearon por turnos hasta que Betania extendió el brazo flexible de la máquina-para-la-higiene-de-los-ciclistas. El agua en la pileta de azulejos amarillos era lo primero no violáceo que Tancia veía en varias horas. Tampoco la veía amarilla: la oscuridad le prestaba algo de la materia del río.

Betania se quedó dormida apenas salió del agua. Tancia la hizo a un lado y se acostó. Hace algunos años, había tomado un ovillo de lana y tendido hilos entre los objetos de su cuarto: entre la cama y el picaporte, la lámpara y la pata del escritorio, la perilla del cajón, la bisagra del ropero. Después colgó llaves, tuercas, esqueletos de insectos. Varios días vivió así. Volvía muchas veces a encontrarse en la misma situación. Dado un territorio, era necesario construirlo, desentrañar o tejer al interior las relaciones y los poderes. El miedo al error estaba presente al tocar las cosas marcadas por otro. Se reconocía ejerciendo en sí misma el control para que cada movimiento fuera certero, para no tropezar ni tensar los hilos. Debía exhibirse útil, recrear una ocupación. ¿Era una ficción ser parte de lo tangible? Era ese intercambio entre lo verdadero y lo falso, y la misma imposibilidad de definirlos. Poder decir lo que se era. Ser vista integrada. Generar las imágenes yuxtapuestas que nos narran. Espantó un bicho que caminaba por su brazo, rozó el hombro de Betania, que dormía. No podía negar esa realidad. Intentaba vaciarse, dejar las múltiples personas que la ocupaban. La ciudad solía abstraerse hasta volverse un concepto, un entramado de convenciones de materia dispersa. Ahora recordaba y reconocía eso como real. Podía leer una partitura y escuchar la melodía sin necesidad de ejecutarla. ¿Este lugar existía para debilitar la existencia del otro o para fortalecerla? Necesitaba desposeerse, ser el árbol, el gesto lúcido que la encontraba alerta y de pie palpando la mañana.

4.

Honorio tenía que cumplir un encargo y vio el mini bus estacionado en la plaza. Tenía el lateral pintado: unos signos celestes y unas personas mal dibujadas. Sacó su bicicleta del bicicletero público y se acercó a la ventanilla del conductor. Un hombre con anteojos de marco negro y tan afeitado que casi brillaba servía gaseosa en un vaso de plástico.

–Disculpe. Buen día. ¿Qué son?

El otro levantó la vista.

–¿No ve? Son chicos.

–Los dibujos, digo.

–Figuras musicales –. El hombre extendió el brazo entre medio de los asientos con cuidado de no volcar y cambió con un niño el vaso por otro vacío. Varios chicos estaban sentados de a pares, los más pequeños adelante, los mayores atrás; en la fila de asientos de un cuerpo había bolsos y otras cosas grandes.

–Son negras y corcheas –agregó. El hombre de anteojos bebió un vaso de un trago y después otro. Honorio miraba los dibujos: tenían sonrisas puntiagudas con dientes cuadrados y se tomaban de la mano. De los palitos hacia abajo salían otros palitos laterales que eran los brazos.

–¿Usted los hizo?

–No.

–¿Sabe con qué está pintado?

–Ni idea. ¿Vos pintás?

Los chicos comían sanguchitos y algunos miraban a Honorio, que no dijo nada. El hombre del mini bus sirvió otro vaso.

–¿Querés gaseosa?

–Le voy a aceptar un vaso. ¿El viaje bien?

–Algún que otro descompuesto ahí atrás... Da muchas vueltas ese camino. Fuera de eso, sin problemas.

En la mano que se extendió hacia Honorio faltaban los dedos índice y medio. Sostenía el vaso mediante la oposición del pulgar con el anular y el meñique.

Honorio bebió.

–Bastante bien se portaron esta vez –. El director había sacado un sánduche de una canasta y dio un mordisco.

–Parecen tranquilos.

–Se ve que no los conocés.

–La gente está contenta. Con ganas de ver música.

–Esperemos estar a la altura. Trato de enseñar lo que es la música – dijo el director masticando. –Llegan sin saber nada. Cuando más o menos empiezan a entender ya son grandes y se tienen que ir.

Atajó un pedazo de milanesa con la mano de tres dedos y se lo metió en la boca.

–Si dibujás entenderás lo que quiero decir. Lo que es transmitir el arte.

–No, no dibujo. Preguntaba solamente.

–Como sea. Una orquesta no es hacer manchitas. Sin desmerecer. Una orquesta es otra cosa. La clave es el rigor. Sin un poco de exigencia nadie puede lograr nada.

Se metió en la boca el último pedazo y embocó en la canasta el vaso que le había devuelto Honorio.

–Tengo que encontrar el alojamiento. La Casona se llama. ¿Sabés dónde queda?

Uno empujando desde abajo y el otro tirando adentro subieron la bicicleta hasta acomodarla en la parte trasera, apoyada de lado a lo largo del pasillo. Los niños ya habían terminado de almorzar. Salvo dos o tres que parecían dormir, miraron hacer a los adultos en silencio. El director acalorado tomó varios vasos de gaseosa. Del primer asiento en la fila individual Honorio sacó un estuche azul que apoyó en el suelo. El niño al otro lado del pasillo lo miró de reojo.

—Hacéme un favor, meté esto por ahí —dijo el director pasando la conservadora hacia atrás. Honorio se sentó y la ubicó entre sus piernas.

—Siga por esta calle derecho.

Hicieron unas cuadras. El director frenó. Miró a Honorio por el espejo retrovisor mientras abría la puerta.

—Caballero, voy a tener que desagotar. Te dejo con los chicos.

El hombre de anteojos de marco negro desapareció en unos matorrales entre dos casas.

Veloz, el niño del primer asiento sacó un clarinete del estuche azul y empezó a repetir una melodía corta y rítmica en modo mayor que otros acompañaron con palmas. Dos chicos sostenían la bicicleta. De un impulso el chelista se puso en cuclillas sobre el asiento, buscó equilibrio, saltó dando una vuelta en el aire, hizo un rol en el suelo de goma para erguirse con el cuerpo curvado hacia atrás - el techo truncó una posición de arco y brazos extendidos. Hubo un aplauso corto y algunas alabanzas. Él hizo una reverencia, el clarinete ya estaba en el estuche, la bicicleta de lado contra los asientos.

De pronto el director cerró la puerta y puso el mini bus en marcha.

—Ya estamos —dijo buscando a Honorio por el retrovisor.

En cambio encontró al chelista, de pie en el pasillo.

Se miraron a los ojos en el espejo.

–Tengo sed –dijo el chico.

–Vos ya podés servirte solo.

Honorio destapó la conservadora entre sus piernas.

–Yo también quiero.

Desconcertaba esa piel que picaba y reclamaba el insomnio. La pileta proyectaba ondas en el techo. Tancia se rascó la panza, el pecho, las nalgas; crujió hasta que temió lastimarse. Culpó a los insectos, a las espinas, a la ropa gastada de trabajo. Se palpó y en la penumbra contó una a una las ronchas. Perdió el número. Si esa casa y su esfuerzo abrían en ella agujeros de tormenta de granizo, si compartir era una desprotección y dejaba mordidas como las de un caracol a una crasa carnosa, entonces sería mejor crear una figura que ocupara su lugar. Aunque fuera demasiado cercana a ella misma, imposible distanciarla de sí. Desistió de ir detrás del sueño salvaje. Desplazó la sábana con una pierna, se puso de pie, se sumergió en el agua. Había claridad en el cuarto amarillo cuando logró dormir.

Estar ocupada por un objeto extraño. El acto voluntario la había transformado. Tancia soñó que daba a luz una langosta, hija suya y de Betania. Las enfermeras se deslizaban como por una cinta mecánica. En el pasillo immaculado un hombre gemía porque necesitaba una prótesis de oreja. Dos señoras traficaban instrumental quirúrgico; una larga cola de gente perdía forma. El enfermero sostenía un recién nacido humano en una mano. Arrancó el pene pequeño, alargado; el órgano crecía y era extirpado, una vez y otra. Pasaba el tiempo y la langosta crecía hasta tomar el tamaño de un gato joven. Se posaba sobre los hombros de sus madres y las tres daban largos paseos junto a un río azulado, bajo árboles de puntilla. Lo cierto era que nada iba a nacer de la esfera que Tancia había introducido en su vagina. Ni tampoco ella lo deseaba.

*Con la mano derecha, el operario sujeta las orejas y un pliegue de la piel del cuello de la coneja, sabía de memoria la tía Begonia. Sobre la mesa había colocado la jaula donde estaba el conejo, y abrió la pequeña puerta de rejas antes de completar la postura. El ejemplar reproductor saltó afuera. La tía pasó la mano izquierda por debajo del vientre de la coneja, apoyó el codo y flexionó el antebrazo para levantar ligeramente la grupa. Luego colocó los dedos pulgar e índice a los lados de la vulva y tiró con suavidad hacia atrás. Era una de las técnicas fáciles de las que podía valerse cualquier cunicultor doméstico para facilitar la cópula a los machos jóvenes. La tía había estudiado las figuras que acompañaban al texto hasta que se sintió capacitada para aplicarlas. Entre sus conejos se hallaba esta hembra especialmente rápida, que había logrado escaparse más de una vez al recibir alimento. Begonia había tenido que recurrir a sus composiciones más melosas para atraparla.*

*Llegado el celo (la hembra está alterada, la vulva aparece hinchada y caliente), la atrajo ofreciéndole un tronco de brócoli. Se quedó canturreando mientras la coneja olisqueaba. La agarró de una pata apenas la animalita clavó los dientes.*

5.

## Testimonio de una madre

Muy agradecida me siento con esta orquesta, antes cuando no tocaba un instrumento mi hijo el mayor estaba todo el día afuera. Todos están bien mis hijos ahora, el más chico no está y no se pelean. Los otros quieren entrar a la orquesta y estudian para eso, el Alexander se metió con la flauta y Nanu Igari el mayor con el violín. Van a tener que ponerse a estudiar les dije cuando quisieron irse con el otro, que ni un pelo en la cabeza le quedó después del examen de ingreso; se pusieron a hacer berrinche pero no podían irse porque no sabían tocar como Manuel. Tendría que verlo así tan jovencito lo bien que toca el clarinete, una sorpresa, y empezaban a decirse cosas de que tan jovencito y ya calvo pero fue un pico de estrés, dijo el médico y hablaron menos. Estudió mucho para entrar el Manuel y así se quedó. Los hermanos ya no quieren salir, no tienen tiempo para salir entre el instrumento y la escuela; yo les digo no se vayan a quedar pelados, imagine si me quedan los tres varones calvos. A las nenas no les interesa, ellas tienen cabellos largos y bien negros, son más de mirar cómo hago yo las cosas y me ayudan, no se les daría por la música. Yo no sé si será cierto y mi marido tampoco sabía pero empezaron a decir que Manuel era hijo del Sol. A él un poco lo mortificaba, andaba mal que se dijeran cosas; entonces le compré una peluca para que quedara igualito a sus compañeros y no llamara la atención un chico tan chico y pelado. Así gracias a la peluca y a la orquesta ha podido viajar y conocer donde vivimos y más allá, que no es que yo por mujer, porque su padre tampoco ha ido demasiado lejos, más que cuando va a algún vecino a vender, también cosas de los animales por

otras sabe cambiar. Él también está contento porque ahora sí más bien nuestros hijos saben tocar. Los que se quedaron también son distintos, más responsables, hacen su tarea. Le agradezco a las personas que hacen esto, realmente nos cambió. A mi hijo el menor lo veo poco, me deja pedacitos de mi hijo la orquesta, ha de estar bien así viajando con la música y con otros chicos. Yo no sé si es verdad lo que se dice y sí es un chico un poco especial y no importaría si no fuera hijo nuestro del todo, pero pienso que tiene que ser bueno eso, vivir así tan de chiquito. Aunque a veces lo espero que aparezca y otras veces hago mis cosas sin pensar en nada. Que aparezca una mañana a saludarme a mí y al padre, a los hermanos y las hermanitas y comer con nosotros el pan, nada de eso pienso.



6.

La herramienta cae por su propio peso. Las piernas abiertas, la espalda recta, son el eje de la postura y el equilibrio. Los brazos se esfuerzan al elevar el mango por sobre la cabeza. Con la práctica puede aprenderse a hacer cortes a cuarenta y cinco grados en uno y otro sentido para morder la madera. El secreto: fijar la vista en el punto exacto que se quiere hendir. No seguir el rumbo de ningún pensamiento. Tener control preciso sobre un hacha puede demorar tres, cuatro años.

Es válido, una vez incrustada la pala en el suelo, pararse con los dos pies en el filo superior de la hoja y balancearse hacia atrás y adelante. La herramienta se hundirá fácilmente. Mojar el suelo con anticipación hará aún más liviana la tarea.

Sin alambre no se podría arreglar ni construir nada.

La pala pequeña tiene la forma de un as de picas; el mango puede ser plástico o de madera. Es una herramienta imprescindible, que permite levantar un bloque de tierra sin descubrir las raíces, lo que disminuye el traumatismo del trasplante. También es la indicada para desenterrar los estolones de gramilla que quedarán dispersos al limpiar el terreno. Evite que se acumule barro seco en la zona de agarre. Puede producir ampollas por fricción.

La clasificación de la manguera en la categoría de herramienta ha sido ampliamente discutida, por ser considerada “un utensilio de accionar pasivo y

materialidad inocua” (Pérez Williams, 1998: 140). Este tubo hueco flexible, de longitud por lo general superior a los 2.50 mts, imita por azar los más exquisitos diseños art nouveau. Además de conducir el agua puede difuminarla, si se cuenta con el suplemento necesario (ver: regador).

Utilizando una sierra pequeña se pueden cortar cosas de las que sólo se creería capaz a un serrucho. El aserrín es hijo tanto de uno como de la otra.

Balde: Recipiente plástico o metálico que posee manija, de capacidad variable, para el transporte o almacenamiento de objetos y sustancias. Su infinita utilidad en la vida del hombre de campo es, sin embargo, desestimada por algunas expresiones de la lengua coloquial.

La satisfacción de despejar una superficie cubierta de elementos inertes la da el rastrillo. Su uso es fácil y de rápido aprendizaje. Recomendaciones: observar los pies de los otros si se trabaja en equipo. Cuidar los pies propios si se trabaja solo.



7.

La experiencia de Tancia en bicicleta era la de cruzar largas extensiones cubiertas de asfalto y de casas. Ahora pedaleaba sobre una superficie sensible a su peso, tierra o arena. Había planeado caminar pero la ansiedad ante el primer ensayo aumentó su autoexigencia. Detalles insignificantes y obsesiones mal disimuladas la habían retenido en el cuarto amarillo. Pedaleaba con fuerza. El contrabajo cruzado en la espalda debía crear una figura nunca vista. Veía que mujeres y hombres en bicicleta la miraban. Tengo un cuello largo y negro, una joroba, un rostro pequeño más abajo. Tancia no oía palabras ni motores. Estaba el roce de las cubiertas. Estaba el propio sonido de su esfuerzo. Las bicicletas en tránsito se adelantaban unas a otras, formaban un dibujo de geometría alternante, hecho de rectas en movimiento y distancias variables. Voy a llegar transpirada, despeinada, pero no tarde, jadeaba Tancia al tiempo que forzaba sus piernas e impulsaba el peso hacia adelante. ¿El movimiento del pedaleo era centrífugo o centrípeto, llevaba sus fuerzas hacia el centro o las dispersaba? Ella no hubiera podido decirlo. Sabía que, al menos, avanzaba. Rechazaba la idea de pensarse cosa, de vivirse cosa quieta. Trazaba planes, como si existiera la posibilidad del lugar exacto y ese sitio no fuera una realidad móvil e incierta. Si había llegado hasta este punto (no un punto demasiado especial o lleno de honores, sino uno específico y poblado de intersecciones) fue por haber sostenido un movimiento ininterrumpido, o varios movimientos consecutivos en unión de soldadura invisible.

La ejecución conjunta de un fragmento de tiempo volvía a unirla a otras personas. Compartían una fecha que iba acercándose, compartían el aceptar colocarse en función del sonido y actuar en tiempo presente. Espantó las ideas con una mano, como si fueran moscas alrededor de su cabeza, y volvió a aferrarse al manubrio.

Respiró para lograr un exterior calmo.

Tancia cruzó la habitación pequeña hasta el único lugar vacío en el semicírculo de sillas. Se sentó en un extremo, con el niño de la tuba a su diestra, el niño clarinetista en diagonal y el niño del chelo adelante. El director de pie la observaba. Al lado estaba el chico de la oficina de turismo con sus ropas anchas. Detrás, en la pared, había un póster del Día en que Todos Nacen. –A ver, chicos. Ésta es Tancia, y va a ser el reemplazo del contrabajo. Sos la primera chica en la Orquesta de Niños Músicos, Tancia. Vamos a ver cómo funciona. Esperamos que te sientas cómoda.

El chico de turismo reconoció a Tancia, se saludaron con un gesto. Estaba encargado de darles la bienvenida y de atenderlos durante la estadía. Julián aconsejó hasta dónde era seguro alejarse, describió la naciente del río que marcaba una de las fronteras.

–Por el lado del camino que llega de abajo, nos protegen el suelo empinado y con entrantes profundas, y las espinas de los arbustos.

Los niños músicos escuchaban.

–Los pueblos son claros diseminados en el monte. Están unidos por un camino que va como serpiente. A veces se vuelve huella, lo gana el pasto reseco. En otras zonas es una marca definida. Antes los árboles ocupaban todo. Los troncos llegaban a tener el ancho de las casas que más tarde construyeron en su lugar.

La bicicleta es nuestro transporte oficial. Es un medio de transporte ecológico, sostenible y muy económico. En el mundo se utilizan a diario ocho millones de bicicletas, que permiten recorrer las distancias cuatro veces más rápido que a pie. Trae además muchos beneficios para la salud: protege las articulaciones, ayuda a combatir el estrés, fortalece el corazón y evita la obesidad. Tenemos algunos autos también, modelos tamaño chico. Los han de haber visto en la plaza. Empezaron a traerlos cuando hicieron las obras del camino. En los días antes de la ceremonia se espera que lleguen varios vehículos. Creemos que no hay punto de comparación: lo bueno del auto es que las cubiertas son más resistentes que las de una bicicleta. Acá pinchamos todo el tiempo. Lo más molesto son las pinchaduras que no sueltan ni una burbuja cuando las querés emparchar.

Un hombre salió a recorrer el mundo en bicicleta. Cargó un hacha y un fusil para cazar y alimentarse. Se descubrió fuerte, ganaba fuerza cada vez, pedaleando y abriendo caminos a su paso. Su foto empezó a ocupar las primeras planas de los diarios: un rostro bronceado y sonriente de bigote curvo hacia arriba, la espalda ancha, calcetines largos sobre los pantalones claros. La ruta comenzó a difundirse, y cada vez en la próxima ciudad lo esperaban trompetas y banderines. Curiosos del deporte, admiradores, hombres que querían aprender a ser viriles o que lo amaban en secreto empezaron a seguirlo. Unas pocas mujeres montaban en burro detrás del marido ciclista. La caravana invariablemente se desmigajaba. Las bicicletas se rompieron, los hombres se fueron cansando por falta de entrenamiento o pérdida de convicción. El ciclista aseguró que volvería triunfal a buscarlos. Los hombres encontraron actividades a las que avocarse: minerales desconocidos, animales milagrosos, árboles de madera fuerte. Enviaron por los ríos los troncos cortados a las ciudades, a donde, decían, siempre habían pertenecido. En cada pueblo se erigieron bustos en memoria del Fundador, eternizando al hombre que les había dado una certeza.

Todos los días Tancia formaba pequeñas pilas inflamables y las encendía. El fuego la creaba y la consumía.

Una mañana, después de lastimarse las manos cortando una mata espinosa, quiso encender la montaña de ramas y no encontró el fuego. No estaba en las brasas, ni en los fósforos, ni en los encendedores. ¿Qué hacer? –Sembré un refugio próximo a la casa. Las alimañas acudirán a acecharnos. Trabajé y la energía, la energía no pudo consumarse. Estos fuegos habían logrado ser el sentido de mi presencia en esta casa. Estoy desde ahora condenada al hecho inútil, a abrir intentos que no cierran.

La madre escuchó. Se acercó y agarró la pala.

–Ya limpiaste bastante. No te preocupes por la basura. Seguro se la llevan los pájaros.





**EL HERMANO GUÍA.  
RESPECTO Y HUMILDAD**

8.

Yo era artesano. Trabajaba cuero. Sandalias, carteras, bolsos; de todo hacía. También collares y pulseras tejidas. Metía las cosas en una mochila y salía. Iba de un pueblo a otro. Me quedaba un tiempo en cada lugar y vendía. Acá también vendía. Pero cuando estaba me dedicaba más a producir, porque las máquinas del cuero no las podía llevar. Pulseras sí hacía mientras viajaba. Iba siempre solo. Conocí gente, lugares. En cualquier lado preguntás por Amadeo Anolios y se acuerdan. Tengo muchas amistades. Después me cansé. De ir y venir, no tener un lugar, de llegar siempre solo. Conseguí trabajo en la pista de ciclismo. Formé mi familia. No hice más artesanías de cuero. Andaba mal de plata y vendí las máquinas. Pero mucho conocí. Sobre todo conocí los caminos. Son caminos bravos. Piedra suelta, precipicio. La vegetación es, cómo diría, territorial. Mucha espina. Lugares cerrados. No es fácil avanzar. En algunas partes hay que trepar o bajarse de rocas grandes. Por lo menos hace unos veinte años era así. Y antes debe haber sido más difícil. Ahora está todo más comunicado. Hicieron obras. Y están los celulares, internet y eso. Yo mucho no sé. Pero hay algo que soy capaz de asegurar. Nadie podría haber hecho ese recorrido en bicicleta, dijo Amadeo Anolios. Ni siquiera en una como las de hoy, livianita y llena de cambios.

Cuando yo salía de viaje cazaba. Para comer y además secaba los cueros. Producía mi propia materia prima. O sea que gracias al trabajo de artesano conocí mis otras dos pasiones. Más que pasiones, cosas que me han ocupado en la vida. Íntimamente ligadas. Una, la cacería. La otra, las armas. El pájaro me maravilla y necesito poseerlo. No, una jaula no es suficiente.

Tampoco es que matar me cause placer. Es una tarea de precisión, de equilibrio. Convertirse uno mismo en el engranaje que activa. Olvidar el mundo para poder enfocar la vista. Calcular la trayectoria del animal. Entonces cualquier obstáculo interpuesto por la naturaleza se supera. El aleteo del rapaz más fuerte. La carrera más veloz del venado. Todo lo puede vencer un proyectil, dijo Amadeo Anolios.

Tranquilo. Muy tranquilo el trabajo. Hago el mantenimiento de la pista. Corto el pasto en la parte central. Baldeo la galería interior. Arreglo alguna cosa que se haya roto. Atiendo a los que vienen a usar la computadora. Estoy empezando a perderle el miedo a ese aparato. Cuando no hay nadie la uso. Leo el diario por internet. Consulto el pronóstico. Siempre sol radiante. Ahora con esto del Día que Nacieron Todos es un poco más de movimiento. Tengo que limpiar el salón de actos para la fecha. Y tener la pista impecable. Pero hace años que no viene nadie a hacer ciclismo. Yo andaba cada tanto. Hasta llegué a hacer un viaje largo. Ahora hace rato que estoy quieto. A las bicis fijas del gimnasio sí vienen algunos. Pocos. Por eso te digo que es tranquilo mi trabajo. Mi segunda casa. Diría, mi casa, prácticamente. Traje un colchón. Casi todas las noches duermo acá.

Amadeo Anolios sacó la llave que guardaba en el bolsillo, forcejeó e hizo girar la cerradura. Abrió la puerta; la silueta de pollera recta y brazos en cruz se retiró hacia el interior. Se adentraron unos pasos en la oscuridad.

—Esperá acá un cachito. Y descalzáte.

Tancia oyó chasquidos hasta que surgió la pequeña

llama. El hombre iba encendiendo las velas en los largos bancos, dispuestas en formas sobre las pieles del suelo. Desde las paredes, cabezas de animales observaban con los ojos de vidrio. Cabras, ovejas, venados, un oso. Una cornamenta sola. Dos cabezas de lechones sobre la misma base de madera. Tancia reconoció allá la silueta de una máquina-para-la-higiene-de-los-ciclistas. En el centro de esta parte del vestuario había un colchón; a modo de dosel, sujeto al techo, un cuero enorme con una cola felina.

—Te presento mi humilde refugio.

Supongamos que es, o que tenía una bicicleta como ésa. ¿Qué cambia? Si lo que esperan es el regreso, importa poco. El fulano puede haber ido caminando o teletransportado. O haberse muerto. O ni siquiera haber existido. Y el defasaje de tiempos. Mis abuelos nacieron acá. Podemos darle o no importancia. ¿Pero por qué el fundador volvería a este pueblo y no a cualquier otro? No tiene motivos. En ningún lado, creo. Y todos lo esperan. Sin embargo nadie conserva un recuerdo de carne, un momento compartido. No: puras imágenes. Como en la guerra, de las decisiones no hay regresos triunfales. Las cosas dejan marcas. Y no hay vuelta. Un tipo así sigue para adelante. Si de casualidad vuelve a algún lugar, hay apenas referencias. Siluetas de lo que conoció. Un árbol. La dirección hacia la que queda el río. El color que tuvieron las casas. Los que eran amigos tienen hijos. No hay nada que lo aferre. Te digo porque viví así muchos años. Y lo que tengo acá lo tuve que inventar. Puras mentiras a mí mismo. Pero me sirve. Es mi fachada para estar tranquilo. Que se crean que soy lo que saben de mí.

9.

Siente un peso en el pecho. Mete su mano en la vagina, estira el brazo doblando la columna adelante. Alcanza por fin un objeto duro. Con el pulgar y el dedo medio toma el extremo y hace fuerza. El esternón se desgarró de su sitio y recorre el vientre hacia abajo. Jalado desde el centro su cuerpo se invierte como un sachet de ricota del que se pretende aprovechar hasta el último contenido. El sueño la perturbó, no le agradó ver sus tripas. Entredormida escuchó una voz que cantaba. Tancia tenía los ojos cerrados cuando la tía salió del cuarto pequeño y cruzó la habitación amarilla hacia el lado conocido.

Apenas se levantó limpió los mosquitos muertos de las paredes. Sentía un esbozo de comienzo, algo que de a poco iría ocupándola. Hasta hoy no me importaba convivir con las manchas aunque no voy a limpiar la casa, dijo mientras frotaba con un trapo húmedo. Así que para esto eran los azulejos, la superficie resbalosa soltaba despreocupada la sangre seca: puntos activos en un pueblo en el que toda tarea estaba inserta en la espera, al igual que un vendedor de sandías hojea el diario detenido junto a la ruta. *Hasta que el Fundador regrese*, rezaban las placas de bronce en las esquinas. El guiño hacia el futuro del busto en la plaza central sostenía esa afirmación. Las palabras se repetían en boca de quienes desde niños habían barrido la calle por donde ingresaría la comitiva triunfal, habían mantenido abiertos los senderos que se perdían en el monte. Hasta que el Fundador regresara. Llegaría un día, con un animal muerto derramándose en sus hombros. Y después, nadie sabía. Pero sin dudas sería mejor. Volveremos a la ciudad y el conocimiento acarreado será infinito, dijo la mujer del almacén con su rostro de corteza. La ciudad vendrá a nosotros, los insectos desaparecerán y estaremos definitivamente en paz, deslizó el carnicero junto al vuelto. Tancia desprendía la sangre y era por fin un gesto autónomo, comenzaba y terminaba en sí mismo.

Su oficio le planteaba a Honorio una dicotomía. ¿Qué debía privilegiar, lo estético o lo sólido? Se descubriría desenterrando postes para dejar a la vista una forma de lechuza, enterrándolos de nuevo porque el alambrado perdería sustento, cambiando la sogá del caballo por las cintas de las trenzas de la hija del patrón, dejando los recorridos de las instalaciones eléctricas a la vista, intentando clavar el machimbre con alfileres de cabezas perladas.

Él no era hombre de pinceles; nunca usó los que hizo con pedazos de brocha y caños de cobre. No creía, como Pomawari Atoq creyó, que sólo las formas geométricas pudieran expresar las fuerzas naturales. Él hubiera querido ver un cuadro y que el caballo fuera un caballo, con las crines volándose y los músculos de las ancas espantando moscas en pequeñas contracciones. Cuando se quedaba en cuclillas junto a una berenjena podrida, con sus cúmulos de semillas: la berenjena está ahí, se decía Honorio, ésa es la berenjena. Contemplaba sus manos después de ahorcar una gallina, pero el color de la sangre sería siempre de la sangre. Los trapos con los que el hombre limpiaba se opacaban. De a poco dejó de hacer los juegos que estuvieron a punto de costarle el trabajo.

Entre cada repetición de una obra el ambiente se volvía una mixtura sonora que tenía unidad en su inconexión: los saltos rápidos de los graves de la tuba se enlazaban con un redoble que partía de ser casi imperceptible para estallar en un rotundo crescendo, había palabras disimuladas dentro de los vientos, los arcos creaban una curva matérica al frotar las cuerdas. Pero al finalizar el ensayo los instrumentos eran devueltos a sus estuches con postura erguida y en silencio. Ese día los niños músicos habían tocado ocho veces la obra de apertura. La ventana estaba abierta y no corría el aire.

—En mi cuarto hay una pileta —dijo Tancia en voz baja mientras guardaba las partituras. El niño de la tuba permaneció indiferente, manipulando su elefante dorado; en cambio el chelista tuvo que contenerse para no dar un rol en el aire, contó después, y al clarinetista se le iluminaron los ojos pero se quedó quieto, un poco tenso, con el estuche bajo el brazo. Tarde o temprano la chica se iba a enterar, no seas pudoroso, dijo el otro. Después ya atravesaban la casa junto a Tancia pisando el suelo crocante de escombros.

En el cuarto de los azulejos el chelista se quedó enseguida en calzones. Manuel se sacó la peluca y la apoyó con cuidado sobre el estuche del clarinete. Miró un instante a través de la ventana, con su cabeza brillando amarilla. Se fue sacando lento el pantalón mientras el chelista lo apuraba. Tancia regresó con la malla puesta, tiró la ropa que quedó balanceándose en el mástil del chelo, en casi carrera contó cuatro, saltó al agua. Los chicos dieron saltos mortales y se hundieron salpicando.

¿Cómo es que pueden moverse sin límites en este interior estricto? Los niños salían y entraban, gritaban

una risa al emerger y salían, con una destreza diferente se lanzaban. El prisma azulejado se hundía en el suelo, sus muros eran firmes, posibles de tocar. Tancia miraba a los niños saltando sobre el líquido como en una cama elástica y se dijo gracias, gracias por los hermanos. Mientras se secaban hablaron de la orquesta. La autoridad del director les daba una licencia: él estaba seguro de la eficacia de sus órdenes, convencido de la entidad propia de las órdenes. Pero los niños entrenaban los reflejos arrojándose rollos de partituras, y eran rápidos, y daban los saltos siempre a sus espaldas.

Dijeron a Tancia que no se preocupara demasiado.

–Ve lo que quiere.

–Enfocáte en tu instrumento, nada más.

Habían comenzado atraídos por la vibración de una cuerda, por el desafío de una boquilla. Luego los días fueron compactándose de horarios y rutinas poco móviles.

10.

—No tengo mucha idea pero te corto —aceptó Tancia. Betania había encerrado su cabellera en una boina. En el cuarto donde dormían la madre y la tía Begonia había una ventana con cortinas gruesas y una bici fija en el rincón atrás de la puerta. El cerámico del suelo imitaba las vetas de la madera. Revisaron los cajones del aparador con espejo oval frente a la cama doble. Betania alzó la tijera y la mostró. Su boina se sacudió, movilizada. Tancia asintió y observó las fotografías sujetas al marco del espejo. Vio a la madre junto a una mujer mayor de sonrisa radiante. Vio un bebé de cabello rojo. Vio a la madre y a la tía Begonia entre montañas de zapallos podridos. En otra había un hombre cuerpo a tierra con un fusil.

—Ésta es la imagen que redime a mi madre —. Betania señaló con un dedo. —Un novio de joven.

El hombre apuntaba en un leve escorzo en relación a la cámara; el rostro próximo, más pequeños los pies enfundados en botas de suela gruesa. Parecía estar fijando la vista en su objetivo. Tenía un bigote claro y la patilla prolija, una gorra recta con visera y en la cintura una cantimplora atada que se apoyaba de lado en el suelo. Cargaba sobre la espalda una bicicleta plegada en dos. El manubrio emergía tras la cabeza, los pedales y el piñón se adelantaban a este hombro. Las ruedas quedaban superpuestas, una sobre la otra. En el fondo de la foto había un telón con un cielo pintado.

—¿Y podría trepar con eso en la espalda?

—Tregar, no sé. Parece que era capaz de disparar.

Era esa foto de la vez que todas se disfrazaron, y mientras Tancia leía la frase con muchos corazones y signos de exclamación de las chicas empezó a escuchar el sonido humano de preciosa imitación máquina, *ch-kk ch-kk pffffff, ch-kk ch-kk ch-kk pffffff, ch-kk chh chh pffffff, ch-kk ch-kk ch-kk pffff*. En la entrada Julián se tapaba la boca con una mano, haciendo una caja de resonancia para su base *beat box*, aire exhalado, sonido saliendo como aire entre los labios. La remera ancha ondulaba con sus movimientos, y MC Jaguar también flameaba y vibraba y empezó a rimar, en la tierra extensa que todo nos dispensa la fuerza está dispersa, y El Bicho Montez iría contestando, sus voces irrumpiendo, una en sucesión de la otra, la gente es propensa a quedarse neutral y nos dicen que es así, que eso es lo natural. Siempre el ritmo conciso de los bajos, la base que sostenía e impulsaba adelante y que era el propio pulso de ese cuerpo, traigo este *flow* y esta prosa, naturaleza es otra cosa, y enseguida el estallido que imitaba la vibración latosa del redoblante, naturaleza lo que destrozan, afuera y en mí y así yo reconocí: es el tiempo urgente del ritmo de la gente que vive en las esquinas donde crecen las espinas, entre espinas sin esquinas, lo que vi agradecí, mi palabra una ganzúa una púa, actúa una mente despierta abriendo compuertas, asesto profunda la palabra que se clava, penetra en la entraña del carcelero de la montaña, arma blanca, mi defensa, ante lo que nos confunda, y acá estamos, haciendo, desdiciendo lo dicho, desechando lo hecho, fue mala la cosecha de tanta frase hecha, es momento mi gente de vivir el presente, plantar nuestro pecho y afrontar de frente, estamos percibiendo, afilando la vista aguzando el oído, gracias raperas y raperos su enseñanza ética es la inspiración para esta prédica.

Entonces Jaguar y El Bicho Montez de dejaron de rimar, Tancia aplaudió tres o cuatro veces y Julián, que ya no hacía ritmo con la boca, le pidió ayuda con unas cosas que tenía que resolver.

—Conozco un lugar al que van pocos.

En la oficina de turismo había torres apiladas de cajones de verdulería rebosantes, y también varios desparramados por el suelo, entre las patas del escritorio, debajo del póster del Día en que Todos Nacen, formando algunos claros donde se podía pisar. Mientras hablaban, Tancia y Julián clasificaron, inventariaron y ordenaron los alimentos.

—Para llegar a la primera cueva se entra por un pasadizo de techo bajo que se mete en la montaña. Vas bajando, bajando, hasta un núcleo bien adentro. Hay que prender las velas que están en un rincón y dejar otras para el próximo que vaya. Ahí es fresco y no se escucha ni un ruido —dijo Julián. —La segunda entrada se alcanza trepando, está arriba de una roca y es casi imposible de ver si no se sabe que está. Solamente se puede pasar de costado, rozás las paredes con la espalda y con las manos. Vas así unos metros y atravesás la montaña hasta el otro lado. Se llega a un lugar como un balcón que corta al vacío. No te voy a decir lo que se ve. En la tercera cueva vive la Tía. De ella no quiero contarte.

Las ideas van tomando forma hasta que nos ocupan para ser hechas. Un, dos, tres, va, la tijera cerró sus hojas y el primer mechón rojo cayó al suelo. Tancia se había protegido con guantes. Miraba a Betania, observaba el cuello, la nuca, ángulos sesgados del rostro, a medida que cortaba. Estaba tan viva, con un toallón sobre los hombros. Los mechones se apagaban a los pies de Betania, entre las patas de la silla, alrededor de las dos. Betania sonrió, sacudiéndose el pantalón, la cabeza casi al ras. Fulguraba siempre en ella la luz rojiza.

Gracias, dijo. Ya no sostengo nada.



**PERDER LA MATERIA**

11.

Con la primera claridad, tomaron la calle principal y cortaron hacia el monte. Avanzaron por un sendero, rodeando montañas de basura orgánica que tenían la pasividad y la disposición espacial de una tragedia. Las moscas y las mosquitas andaban como sobrevivientes que buscaran sus pertenencias entre los escombros, o al menos reconocer el diagrama de los cimientos. El olor era casi neutro, menos fuerte que la transpiración de los quinteros cubiertos con mangas largas del sol, que el aserrín de los conejos, que el olor impreso en una sotana. Algunas formas eran reconocibles pero poco importaba el modo en que solían nombrarlas cuando fueron frutos. Ahora eran una sola materia, aún comprimida en zonas en esas formas, todavía repartida (por error, por apariencia).

Después el sendero descendía abrupto.

—Acá empezamos a bajar hasta el río —dijo Julián.

La pendiente era inestable. Piedras se soltaban bajo el pie, la tierra seca resbalaba. Tancia bajaba en cuclillas, el tronco y el peso hacia atrás, ayudándose con las manos.

—Dame que te llevo la mochila —. Julián extendió el brazo.

—Voy bien.

Llegaron al lecho seco.

—Arriba hay un valle. Antes el lugar estaba habitado. Yo soy el cacique. Pero no conocí esto con gente.

Julián apuró el paso, avanzó solo. Después su ritmo y el de Tancia volvieron a encontrarse.

—Se puede trepar hasta ahí. Bajar es difícil, el suelo está flojo. Conviene seguir por abajo. Tenemos que andar un tiempo largo por acá hasta una pared que corta el paso. Desde ese punto se llega a las cuevas.

Quién es esta niña blanca, parecía preguntarse la Tía mientras descargaban las mochilas. Agradeció en nombre de todos los que habitaban Adentro. Julián le entregó el inventario.

Alrededor de la entrada se concentraban espejos mínimos que se volvían dispersos hacia el interior. Los reflejos oscilaban a veces, la luz rebotaba iluminando la cueva. Tancia observó: no eran espejos. Eran piedras facetadas. Creyó reconocer la mezcla mineral que llevaba dentro.

Era posible que las paredes tuvieran la forma en contramolde de la mujer que las habitaba. Para comprobarlo, hubieran debido cerrarse hasta contenerla, contactando con cada parte de su cuerpo, o delatando los vacíos o las presiones. Cosa que no iba a suceder: la montaña estaba calma. Pero cada objeto parecía haber ido modificándose con el tránsito de la Tía, en el proceso lento de la convivencia.

—La penumbra tampoco es una vida digna. Aunque estamos a salvo de la depredación sufrimos por nuestros hermanos que prefirieron no guardarse bajo la montaña.

La Tía, Julián y Tancia se sentaron en el suelo. Las manos tomadas formaron un triángulo.

—Que no se confunda el replegarse con el miedo. Ahora la casa va a recibirlos. No intenten ser dueños de la voz.

**Julián habló.**

—Estoy en un pueblo desconocido. Viajo solo pero encuentro compañeros. Ahora tengo un pequeño grupo. Desde que llegué observo un pico elevado: debo ver el mundo desde allá. Tengo que probar el error de mi forma humana. Soy en realidad un desprendimiento de aquella montaña. Por eso cruzo alambres de púa y burlo advertencias; no puedo más que avanzar hacia lo inevitable. Ni cuando el agua me arrastraba y hundía tuve miedo, ¿por qué temer en este trance? Los dibujos de mi espalda podrían salvarme otra vez. Todo se desarrolla en armonía. Introduzco la mano en un resquicio, trepo, el pie en la saliente, comprendo mi peso, comprendo la fuerza. Ya estoy alto. Atrás no hay nada.

La Tía dejó que la voz corriera.

—Soy peón en una tierra que fue nuestra, antes, cuando no existían las leyes. Digo mal, no fue nuestra: la tierra y la gente éramos una sola cosa. Ahora nosotros talamos, desmontamos, arrasamos, obligados por la pólvora entregamos el cuerpo. Trabajo para una estancia de apellido extraño. Apenas las piernas sostengan a mis hijos, ellos y mi mujer también trabajarán de la mañana a la noche. Sin embargo queremos recobrar nuestras propias vidas. Y la tierra es indispensable, parte de lo que somos. Ya estamos intentando recuperarla. Hasta ahora nos han dado cambalache de papeleos, de puros papeles. Pero a nosotros no nos sirven, porque los papeles no los podemos comer. Nuestros brazos son fuertes. De entre todas las cosas que desposeemos, hay una que necesitamos con urgencia: las armas precisas para enfrentar a las armas.

La voz no le pertenecía, la voz era el hilo cuando fue su turno de hablar.

–Siento que estoy matando un animal –dijo Tancia.  
–No puedo ver. No sé quién es. Toco para reconocerlo. Palpo orejas suaves, formas duras sobre la cabeza aplanada. Los ojos son redondos y oscuros, estoy segura. No puede ser otra cosa que un venado. Tengo un puñal y asesto un golpe. La tráquea cede. Oigo una exhalación. El animal tardará en morir: sé por la forma en que respira.

No podía soltar el puñal: ese filo buscaba anularla. Sin embargo no se arrepentía de haberlo tomado. Las piedritas en las paredes chisporrotearon como una vela al consumirse. Adentro quedaba apenas una iridiscencia de nácar. El sol cruzaba bajo la línea de la montaña.

—Tenemos que irnos —dijo Tancia. —Se está yendo la luz y el camino es largo.

—No, nos quedamos a dormir. Ya es tarde.

—Todavía alcanzan un buen tramo de claridad. Pero pueden pasar acá la noche —dijo la Tía. En cambio los ojos le brillaban como antes habían brillado las piedras y miraba fijo a la niña.

—Va a ser lo mejor. Salimos mañana temprano.

—No. Habíamos quedado en otra cosa. Tengo que estudiar mañana. Yo vuelvo.

Avanzar, avanzar, avanzar. Seguir adelante por el río seco. ¿Y después? El instinto le mostraría el punto. Alguna luz resplandecería desde allá arriba. Al principio había claridad. Avanzar, avanzar. No se cruzarían las alimañas, ni las bestias, ni la posibilidad de perder la orientación. Sus pasos sonaban ásperos, el suelo crujía, costaba hallar el sitio firme para dar el paso. Pronto debía esforzarse por ver: no hubiera podido distinguir un cuerpo de una roca. La hubiera aterrado pisar un bulto blando. Ya no veía nada. El aire se tragaba las formas. Resbalaba en el suelo irregular, tropezó sin caer. Entonces metió su mano entre las piernas y extrajo la piedra iridiscente. Se quedó mirándola, quieta. La luz le permitió reconocerse. Soy yo, estoy acá, dijo en voz alta. Estas son mis manos. Aunque no pudiera explicarse qué era lo que permanecía continuo, si es que algo se mantenía. Aunque estuviera siempre proyectándose adelante y negándose el estar: sin duda eran sus manos. Y a pesar de que sostenían la piedra en alto ella sentía el peso del puñal. Dio un paso y otro y continuó avanzando. Siempre el próximo era imposible. La luz era un pequeño bioma y vibraba a velocidades altísimas, débil y más débil, débil y más débil, como si la rodearan en vuelo continuo cientos de polillas. Tal vez eso ocurría aunque no las viera, y la materia de esos cuerpos invisibles proyectaba sombras. Avanzar, avanzar, avanzar. Entonces sintió que un zumbido crecía, sutil, primero cercano a un presentimiento hasta volverse audible; ese fue el movimiento del zumbido y ese sería todo su sonido, sostenido, continuo. Esa nueva vibración se desfasaba, tocaba puntos, se cruzaba, coincidía y volvía a perderse de los movimientos de luz de la piedra. Pronto el suelo se cubrió de escarabajos que rodearon los pies de Tancia. Un instante fue de

confusión o sabotaje, la luz rebotando algo hiriente en los caparzones, hasta que organizados y erráticos se escurrieron de golpe hacia adelante y formaron una fila. El lecho del río se perforó de reflejos que se adentraban en la oscuridad y finalizaban en Tancia. Avanzar, avanzar. Aún así, guiada y en compañía, el trayecto no era fácil. Los insectos opacaron sus luces y se fundieron cuando Tancia llegó al sendero que subía entre arbustos espinosos.

En la cocina encontró a Betania. La chica de cabeza rasa quería mostrarle algo. Salieron en dirección al monte. Un claro que Tancia había limpiado estaba ocupado por hileras de carpas blancas.

Betania dijo que la ceremonia se había adelantado para el día siguiente.

—Me voy a ir antes. Temprano. Ya hice todo lo que tenía que hacer acá. Necesito irme.

Betania iba a cruzar el mar. Tancia no encontró exactamente qué reprocharle. ¿La autonomía? ¿El poder de decisión? ¿Los peligros que, sabía, la otra era capaz de enfrentar? Intentaría que Betania no mudara a fantasma de hojas perennes. La prefería viva y ausente.



12.

La recepción estaba vacía, y el centro de la pista rasante y rastrillado. La voz de Amadeo Anolios respondió desde el baño, estaba arreglando un lavatorio. Pasó a la máquina nomás. *Tancy te extrañamos!*, decían las chicas. Pero de la orquesta no había nada. Tancia aprovechó para buscar imágenes de *bicicleta plegable*. En la sala de ensayo nadie respondió a sus golpes, tampoco encontró a los niños músicos en La Casona. Regresaba a la casa pedaleando con fuerza. El cielo estaba plano. Oyó cantos: por el camino del Fundador llegaba una procesión danzante, pero ella no se detuvo. La idea de las carpas blancas la distrajo y pateó una olla con brotes de zapallo, las plantas quedaron tumbadas junto a la puerta. Tancia dejó caer la bicicleta y entró.

La madre daba golpes a la altura de sus hombros, los brazos sosteniendo la pala en alto, la pala paralela al suelo, daba un golpe, otro golpe, saltaban los pedazos de pared. El esfuerzo arrancaba sonidos porosos de la madre, del pecho de la madre y la boca de la madre, del corazón de la madre, los pulmones de la madre, están acá, están acá decía, están acá, los encuentro decía. En sus orejas dos anclas pendulaban rozando las mejillas y raspando la pared, raspaban las mejillas y rozaban la pared, cada vez que la madre golpeaba con la pala, rompía la pared, clavaba la pala, golpeaba y metía la pala en el agujero, removía los escombros, quitaba y tiraba al suelo los pedazos para ver, en cuclillas revolvía los escombros de pared. Las manos y el vacío y la madre despejando y acumulando escombros metía sin saber si una línea de alambre, dientes sueltos, un brillo de espejo, el arreglo de plata del canino izquierdo o un objeto completo e inmaculado, o si el contacto rasposo el seco en las manos contenía partículas de dientes. Sentada tendió un brazo, tocó la pala, en su espalda la pared.

Desde el cuarto de los azulejos se oía un murmullo. Era como queja, por algo roto y a la vez denso, insoluble. Tancia entró sabiéndose una silueta violácea y extraña. Ignoró las formas perfectas de las montañas al otro lado del ventanal. En el cuarto la luz rebotaba amarilla y adentro estaba la tía, sumergida hasta la cintura en la pileta. La puerta hacia el otro lado estaba entornada. Las mangueras de la máquina-para-la-higiene-de-los-ciclistas estaban desplegadas y se enroscaban en el cuerpo de la coneja preñada; después se hundían en la pileta, llena hasta el tope. Los sollozos melódicos de la tía chocaban contra la superficie del agua, el rostro inclinado en aquella dirección. Había otros volúmenes que recibían el impacto del sonido y en cambio lo absorbían: los cuerpos de los conejos flotaban plácidos, sin esfuerzo. Tancia caminó en silencio hasta su instrumento. Las manos de la tía buscaban alrededor para llevar los pequeños cuerpos al pecho, donde resonaba el murmullo que se quebraba. Cada vez que la masa de agua consentía que esos cuerpos blandos se elevaran, cadenas de gotas partían con prolijidad desde las patas, las orejas, las cabezas ladeadas, regresando al volumen del que se habían desprendido. En el sentido contrario comenzó a moverse el sonido del contrabajo. De abajo hacia arriba un roce crecía, y de a poco se convirtió en un movimiento decidido que fue envolviendo el centro líquido. Del otro lado de la puerta que se alejaba de lo conocido las jaulas estaban abiertas, las cajas volteadas, la comida dispersa. La tía sollozaba y el contrabajo era una lija que mordía ese llanto. De a poco lo pulió hasta que los dos callaron. Tancia cargó el contrabajo en la espalda. La tía se quedó sosteniendo conejos lacios en el agua.

En lugar de la llave del vestuario que hacía las veces de arsenal habría una piedra redonda, brillando con luz propia.

La sensación de estar clavando un cuchillo en la garganta de un venado no la abandonaba. Se prometió que cuando todo terminara desarmaría cada pieza del instrumento que la doblaba en tamaño. En la puerta de la pista vio el mini bus estacionado, con sus cursivas celestes y las sonrisas de las figuras musicales. La ceremonia estaba por comenzar. Hileras de gente subían las escalinatas flanqueadas por ciclistas y cruzaban la puerta. En la pista, grupos diseminados de personas conversaban de pie. La sangre del venado empapaba las manos de Tancia. El salón de actos estaba atestado de sillas ordenadas, personas sentadas y otros detrás como un muro. Tancia se las arregló para llegar hasta la primera fila, empujando para poder avanzar con el contrabajo. Vio pasar los diferentes números sobre el escenario, vestidos los personajes con colores estridentes. Su parte nunca llegó. Su ropa absorbía el líquido oscuro, el impulso perpetuado en el brazo tenso que no hallaba descanso. El animal se resistía; luego su cuerpo se relajó. Una música vibrante obligó al público a girar y descubrir un segundo escenario a sus espaldas. Seis niños diminutos se entregaban a los sonidos que hacían brotar de los instrumentos desproporcionados; no alcanzaban de pie la altura de la rodilla de un adulto normal. El clarinetista pulsaba notas galopantes, en una carrera de animal suave que se elevaba en el agua. Un hombre tomó a uno de los niños y la música continuó. Quería que les sacaran una foto porque sus pieles contrastaban; el niño era blanco y de ojos turquesas. El niño nada entendía. Hablaba otro idioma o vivía otro estado de conciencia. Entonces el niño del clarinete se quedó quieto, dejó de tocar, observó todo alrededor. De pronto un grito. Una cola de demonio cortó el aire.

Su mano soltó el puñal inexistente. Ahora el dolor la atravesaba; ¿abriría un portal del universo? Ella era el animal que hirió, era cualquier animal herido. Buscaba contención, refugio llano en otros que parecían ser también animales. Sin embargo desconfiaba de esa sinceridad, de los rostros que compartían la historia y la inflaban hasta que llegaba a tomar el tamaño del planeta. Ese volumen no la incluía, aunque comprendieran su pedido de ayuda silencioso que hubiera preferido no existir, no ser la única manera de que ella fuera vista. Una hendidura, mordazas, raspones incontables. El mundo que la expulsaba, que la ignoraba, que disminuía su tamaño hasta la casi microscopía, era una hendidura de paredes rígidas. Ingresar hubiera sido una bifurcación. Tancia contemplaba las marcas como si formaran un paisaje de montañas nevadas. Las había creído delatorias, ahora aceptaba. Las personas que quería podrían fundirse en un solo afecto, un par de ojos vivos. Reconoció: esto es todo lo que perdiste.

Los demonios grises arañaban los techos, se deslizaban por las paredes, corrían sobre la gente desgarrando las caras con sus pezuñas. El lugar atestado era un acorde inarmónico de gritos de salvación, con notas robadas como quien roba golosinas de un mostrador, a una escala imposible, casi infinita. Así se decretaba el final del acto, borrando de las memorias la causa que había congregado a la multitud, maldecida la decisión de asistir por quienes aún recordaban en la huida.

El niño del clarinete ya no estaba en el escenario. Tancia sería la única calma en el interior de ese clavicordio en pánico. Buscaba la manera de salir, revisaba las caras que corrían. Una escalera tambaleante de hierro se elevó bajo sus pies al pasar por una arcada. Sentiría que debía moverse con sigilo, porque no emitió un solo sonido cuando alcanzó el último peldaño. A través de la puerta entornada, vio a tres devotas agitando marionetas ante la luz poderosa de una lámpara. Una de las devotas la miró, y sin interrumpir el baile del demonio cerró la puerta de un golpe.

Tancia logró salir.

El animal ya no era un venado. Tampoco era un animal. Se alejó disuelto en el aire.





Julia Porto (La Plata, 1988). Cursó estudios en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Colaboró en la Agencia de Noticias RedAcción (AnRed.org). Publicó las plaquetas de poesía *La ciudad viva* (El pantano Ediciones, 2011); *Los pies en los límites* (Morosophos, 2011); y el libro-objeto de poesía/narrativa *Yafün* (Cardumen Editora, 2015). *Ceremonia balumba* es su primera novela.



Esta *edición especial* de 6 ejemplares se terminó de imprimir en Cardumen Papel, taller de encuadernación artesanal. En la ciudad de La Plata, durante el mes de noviembre de 2015.



CARDUMEN EDITORA

NECESITABA DESPOSEERSE,  
SER EL ÁRBOL,  
EL GESTO LÚCIDO QUE LA ENCONTRABA  
ALERTA Y DE PIE  
PALPANDO LA MAÑANA.



CARDUMEN EDITORA